

Adiós, Edu, feliz dimisión

ÓSCAR SÁNCHEZ ALONSO

VAYA por delante: HB me repugna tanto como al que más. Y tal vez por eso, por resultarme una coalición tan vomitiva y repelente, me fastidia más aún que les hagamos el juego con tanta destreza. Por «H» o por «B», nos empeñamos en dar aliento a esa panda nauseabunda. A ver si me explico.

Mientras la coalición de HB siga siendo —que lo es— un partido legal (y ése es otro debate), está sujeta a los mismos límites, trabas, exigencias... y derechos, que cualquier otra entidad. Así es el juego; y sus reglas ganan legitimidad cuando se prestan igual para todos.

El artículo 18.3 de nuestra Constitución (situado en la sección y capítulo que corresponde a los derechos fundamentales y libertades públicas) garantiza el secreto de las comunicaciones «salvo resolución judicial». Y si este artículo se viola, la violación ha de resultar condenable; como ha de generar, a su vez, unas consecuencias sobre aquellos que fueron sus responsables.

El director de esa Cosa que es la Casa, el general Calderón, ya andaba el otro día declarando que «si es por

el bien de España, se sacrifica y se va». Pues ¡hala! don Javier, no se lo piense más. Agarre todos sus bártulos (eso sí, permita a las microfichas y demás inventos residir donde corresponda, no haga como otros) y déjese de poner los cargos a disposición del ministro.

Y lo mismo éste, el incombustible Eduardo Serra, respecto al presidente del Gobierno. No estaría nada de más que el de Defensa —reciente premio Jovellanos por su trayectoria liberal (i?)— también evitase los gestuales golpes de pecho, escaparate y galería. Qué enorme tontería la del formalismo en cuestión: se dice con gran soltura que los cargos son puestos a disposición del superior, como si no lo estuvieran ya desde el primer instante del nombramiento. Igual que se los dieron, se los quitan y se acabó. Así que, no nos vengan con historias y no sacrifiquen tanto. Si verdaderamente desean irse, agarren la puerta por su pomo externo. No se esfuercen por presentar la dimisión a ver si la aceptan: si ésta se quiere, se dimite, sin más. Verán qué fácil. (Hasta González —el insigne señor de los cariXmas, el imbatible soberano de todos los lide-

razgos, el que siempre se creyó tan insustituible y necesario— un día —bien a su pesar— nos quiso librar de su magia).

Si no llegan esas dimisiones espontáneas, sacrificadas y serviciales, no sería malo que llegasen los ceses y destituciones. Más que nada, por aquello de la coherencia, la palabra, la promesa... Al parecer, estos términos —ya ven— están muy reñidos con las cosas del Poder. A nuestros insignes gobernantes, estando ya en sus sillones, les cuesta cantidad reaccionar y responder como lo hubieran hecho siendo oposición. La política —sabido es— así se las gasta.

Algunos teníamos la esperanza de que la anterior experiencia de Gobierno (negro y turbio pasado felipista, dicho sea de paso) serviría para aprender de muchos errores. Algunos, incluso, habíamos llegado a pensar que en la lucha contra el terrorismo, nos habíamos por fin convencido de que los socorridos atajos nunca llevan a buen puerto.

Qué pena que tan a menudo, a los terroristas y sus amigos, les permitamos frotarse sus ensangrentadas y sucias manos.